

El caos sin teoría

Antonio Navalón

A partir del ataque a las Torres Gemelas y la invasión norteamericana a Irak y Afganistán, el conflicto árabe israelí ha sufrido una mutación dramática. Antonio Navalón explora las nuevas condiciones de un problema que no deja de amenazar la paz mundial. La teoría del caos se nos ha convertido en el caos sin teoría.

Desde que nació, en 1948, Israel ha tenido varias guerras declaradas, especialmente las de 1967 y 1974. Esta nación ha vivido en una situación de semiguerra, con fuertes militarizaciones permanentes. Todo israelí, a partir de los dieciocho años, cumple su servicio en el ejército de manera obligatoria; dos años las mujeres y tres años los hombres. La guerra está medularmente unida al hecho de ser ciudadano del Estado de Israel.

El 4 de agosto del año en curso pasará a la historia de Israel por varias razones. La primera, porque desde los combates en la guerra del Yom Kippur, en 1974, no habían muerto más de quince personas como consecuencia de una acción bélica directa y no en un atentado. Pero además, esas quince muertes se produjeron cuando las fuerzas armadas de Israel, consideradas entre las más eficaces del mundo entero, llevaban un mes bombardeando de manera inclemente las posiciones de Hezbolá en Líbano.

Primero fue Beirut y los barrios en los que Hezbolá mantenía sus principales unidades. Después el sur, especialmente Tiro y Sidón, donde históricamente está asentada la mayor representación de la minoría árabe, la comunidad chiíta, que ha significado durante más de treinta años un elemento de estabilización para Israel, aunque ahora se ha convertido, debido a los grandes cambios mundiales, en su principal debilidad estratégica.

Hezbolá, el partido de Dios, controlado por los chiítas y directamente a las órdenes de Irán, fue desde 1974 hasta el año 2000 un elemento radical, pero minoritario, en el tablero árabe. Los enemigos naturales de Israel eran, primero, los palestinos y, luego, los países árabes ligados directamente con el conflicto, bien por intereses económicos o por cercanía territorial.

Egipto, Siria, Líbano y Jordania eran las cámaras de resonancia del problema judío. Utilizando a los palestinos como elemento de tensión y de reivindicación histórica se justificaba la postura de agresión, inclusive guerrera, de un mundo árabe que nunca aceptó el nacimiento del Estado de Israel. Aunque también es verdad que nunca quiso ni aceptó más cerca de la formalidad dialéctica a los miembros del pueblo palestino. No hay más que ver la experiencia de Jordania; las relaciones prácticamente de esclavitud de Kuwait o de los países del Emirato Árabe para comprender que cuando Balfour y los ingleses crearon el nuevo mapa de la península arábiga se estaba instalando también una simulación que, entre otras cosas, ha tenido a los palestinos como un elemento permanente de trueque. El problema palestino-israelí ha dejado de ser el canal de exhibición de la tensión árabe-israelí.

Hoy la peor pesadilla de Occidente se ha cumplido y una serie de juegos y jugadores, nuevos y viejos, han



Jóvenes palestinos manifestándose contra la ocupación israelí en Ramallah, 1988

hecho que los aliados de ayer (los chiítas, Hezbolá) se hayan convertido en el principal elemento que ataca la seguridad interna de Israel.

La tenaza sobre la seguridad interna israelí se manifiesta territorialmente por la ocupación fáctica de la franja de Gaza y por el inoperante gobierno de la OLP del Presidente Mahmud Abbas, desplazado ya definitivamente del poder ejecutivo por el partido Hamás, ganador de las últimas elecciones legislativas en Palestina y que comparte con Hezbolá la guerra sin cuartel contra el Estado de Israel embistiendo con ataques terroristas suicidas desde la franja de Gaza y con misiles Katyusha el norte de Israel.

Este cumplimiento de la peor pesadilla, esta unión entre sunitas y chiítas extremos, no es comprensible si no se considera el salto cualitativo que significó el 11 de septiembre, hoy ya en un sentido doble: lo que supuso para el mundo occidental, especialmente para los Estados Unidos, y también para todos nosotros, sus aliados de ruptura de los referentes geoestratégicos en los que todos hemos sido creados.

El juego de los bloques, la hegemonía militar de los Estados Unidos y la existencia de un imperio único parecían en principio suficientes para garantizar el desenvolvimiento de la crisis. El poder militar de los Estados Unidos y sus aliados se encargarían de devolver la agresión sufrida en el corazón de Norteamérica, Nueva York, con el ataque de las Torres Gemelas y el consiguiente desencadenamiento de la guerra religiosa en la que nos hallamos sumergidos.

La historia es bien conocida en Occidente. Los Estados Unidos y una coalición internacional derribaron

el gobierno de los talibanes en Afganistán y machacaron literalmente hasta el último centímetro cuadrado de territorio donde pudiese estar escondido Osama Bin Laden.

Dos años después de la media victoria afgana, el Presidente George Bush obtuvo de su Congreso, de su Senado y de su Gobierno, así como de sus aliados, la carta blanca para invadir Irak buscando cortar toda posibilidad de refugio para los terroristas de mayoría sunita, componentes de Al-Qaeda.

Nadie calculó qué posibilidades habría, una vez derrocado Saddam Hussein, de que la mayoría chiíta iraquí se volviese a su Meca, que en este caso es la ciudad sagrada de Quom en Irán, y se uniese en el destino universal de la realidad chiíta, desde la llegada al poder del imán Komeini en 1979, era una realidad destinada a desencadenar la guerra santa de los árabes en una organización territorial y estratégica como sólo se había dado diez siglos atrás, cuando el llamado *viejo de la montaña* en la cordillera iraní e iraquí inventó la secta de los asesinos para defender los derechos de los seguidores del profeta Ismael y desencadenar la guerra santa contra los infieles.

Se creía, creíamos, que era más importante todo lo que separaba a los sunitas extremistas de los chiítas extremistas que el odio que pudiesen sentir hacia nosotros. Evidentemente estábamos equivocados: el odio pudo más.

Durante diez años Irak e Irán, es decir sunitas y chiítas, lucharon entre sí con fiereza. Más de un millón de muertos provocó esa guerra, naturalmente sostenida y auspiciada por los principales jugadores del tablero

mundial de entonces, que eran los Estados Unidos y Rusia. Los Estados Unidos apoyaba a Saddam Hussein y a Irak, es decir a los sunitas; Rusia apoyó a la revolución islámica y a Komeini, es decir a los chiítas.

Lo que había detrás de esa guerra era el control de la válvula central por donde llega el petróleo a Occidente: el estrecho de Ormuz. Situado entre Irán e Irak, es la clave fundamental del Golfo Pérsico.

Hezbollah no es un partido más; es un movimiento cuya eficacia está basada en su convicción religiosa, que le permite luchar contra el ejército de Israel, uno de los mejores del mundo, plantarle cara y pese a las miles de toneladas de bombas “inteligentes” que le lanza, seguir atacando y desafiando al adversario.

Hezbollah no está compuesto sólo por un grupo de terroristas extremistas fanáticos. Está dando una exhibición de organización militar y de coherencia religiosa que está rompiendo los nervios de una sociedad israelí acostumbrada a vivir en la cresta de la ola de la guerra, declarada o larvada, con la certeza de que su poderío militar y su cohesión moral le darían la victoria en muy pocos días.

Occidente no entiende todavía la dimensión del problema. Israel no es sólo la Tierra Santa; también para ellos se está probando la entereza de una nueva comunidad religiosa árabe capaz de sacrificarse y de ser seria y de aprender las lecciones que parece que los occidentales no estamos dispuestos a asimilar. Desde la inva-

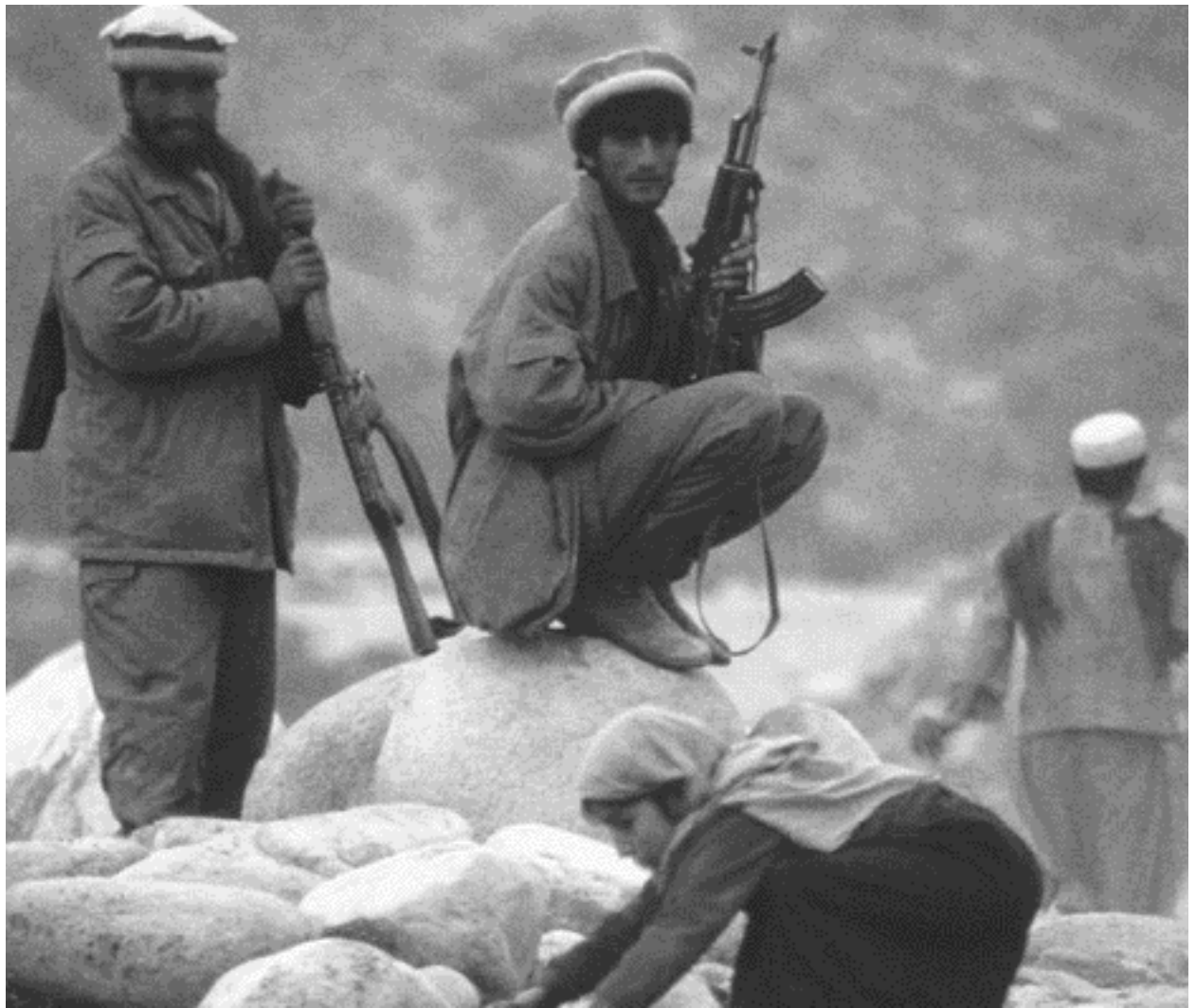
sión a Irak todo el mundo sabe que las campañas basadas en la aviación y en el destroz de la retaguardia e infraestructura del enemigo no son suficientes para ganar una guerra. Se puede destruir un país desde el aire; sin embargo no se le conquista más que por tierra, y eso a un costo que las sociedades occidentales no estamos dispuestas a pagar. Una de las grandes lecciones de la guerra de Irak es que no se puede seguir confiando en operaciones militares basadas en ejércitos tecnológicamente muy adelantados y en unidades armadas profesionales si esos ejércitos no tienen la convicción para morir en el objetivo al que son lanzados.

Desde el punto de vista militar, la sorpresa del ejército y de la sociedad israelí es estar luchando contra un enemigo que ha sido capaz de organizarse y que tiene una convicción y una integridad que hasta ahora era inédita en los otros ejércitos árabes. Los que están detrás de ese ejército son también nuevos, puesto que nueva es la realidad geoestratégica que surgió el 11 de septiembre de 2001 y todavía hoy nos golpea y nos sorprende porque no somos capaces de aprender de nuestros errores.

Israel sabe que el día que pierda una guerra desaparecerá. Ahora necesita aprender a luchar contra jóvenes y no tan jóvenes; contra gente que tiene un grado extremista, terrorista, religioso, pero coherente y moral, similar al que tuvieron los ejércitos victoriosos de los años 1967 y 1974.



Soldados israelíes con prisioneros durante la guerra de Yom Kipur, 1973



Combatientes afganos

Los ejércitos victoriosos de Israel, los que venían de los *kibbutz*, representaban a un país pobre que sólo tenía sus ganas de existir. Hoy ese ejército cuenta con el armamento tecnológicamente más importante del mundo y con unos jóvenes absolutamente triunfadores. Son la gran potencia militar, de inteligencia y de desarrollo económico del Medio Oriente. Sin embargo, hoy como ayer, la capacidad de conocimiento, de sacrificio y la fuerza moral siguen siendo una clave que Israel no puede supe-ditar al funcionamiento de sus aviones o de sus bombas inteligentes.

LA TEORÍA DEL CAOS

Hay un nuevo combatiente y una nueva realidad militar. Se está comprobando una vez más lo que ya empezó a asentar la experiencia bélica de Afganistán e Irak; pero además, detrás de esa realidad hay un abanico de nuevas situaciones que sostienen a los que a su vez sostienen a los ejércitos que luchan. Por el lado de Israel está los Estados Unidos, su eterno aliado, metido ahora como parte del problema y no solamente como solucionador o beneficiario.

La aventura y el fracaso en Irak hacen que los Estados Unidos vea con simpatía y comprensión lo que ha sufrido en carne propia: el inicio de una guerra religiosa que nos afecta a todos por igual. Pero además, la potencia norteamericana está sufriendo las consecuencias de no poder gobernar más que con grandes contingentes de tropas, dos países invadidos simultáneamente: Afganistán e Irak donde, pese a los cambios formales, las elecciones, el establecimiento de gobiernos democráticos, etcétera, la seguridad y las luchas tribales o de minorías chiítas o sunitas dan un panorama absolutamente inestable que obliga a los Estados Unidos, sin avanzar, a seguirle dedicando gran cantidad de tropas mientras que, al mismo tiempo, tampoco ha conseguido explotar los yacimientos petrolíferos iraquíes para ir compensando en parte el derramamiento económico y de sangre que supone la experiencia.

Irán, la nueva potencia de este tablero internacional, ve cómo la minoría chiíta acaba de ganar las elecciones en Irak y sabe que solamente es una cuestión de tiempo para que los Estados Unidos salga de ese país y, por tanto, se pueda producir una reconciliación o reunificación bajo la realidad de los seguidores del profeta Ismael: los chiítas.

Al mismo tiempo Irán, que durante años coqueteó con Occidente en el sentido de mostrar que el poder de los intransigentes clérigos de la ciudad santa de Quom estaba tambaleándose frente a una sociedad civil, ha recuperado con el actual Presidente Mahmoud Ahmadinejad el pulso de integrismo religioso con unas condiciones socioeconómicas en las que no solamente aspira a ser una potencia nuclear por derecho propio, sino que sabe perfectamente que el juego de los grandes intereses mundiales le da una situación de privilegio.

China, el modelo, el héroe económico del siglo XXI, necesita petróleo. Todo su desarrollo, su estabilidad y su viabilidad dependen de este energético. China es un tigre de papel sin la garantía del suministro de crudo. La nación más poblada del mundo está desarrollando un programa de alianzas estratégicas con sus suministradores clave de petróleo que le dé cierta independencia frente a su principal socio económico, comercial y financiero, los Estados Unidos, y naturalmente ahí está actuando de manera geopolítica el apoyo indirecto que el gobierno chino da al gobierno de Irán, así como los acuerdos que actualmente desarrolla con el gobierno del Presidente Chávez en Venezuela.

Rusia, otro país poseedor de petróleo, está atrapado en una inmensa tenaza. Su gran problema ya no son sólo los grandes procesos industriales o de asimilación de las nuevas realidades comerciales o la creación de puestos de trabajo. Los problemas militares, políticos y

de integración de la federación rusa son árabes y miran hacia La Meca. Rusia sabe que tiene en su frontera oriental, en Vladivostok, en Siberia, en Mongolia, un problema muy grave llamado China; y sabe que tiene en su frontera con el Golfo Pérsico otro problema muy grave, el del integrismo religioso árabe llamado Irán. Por eso Rusia es un jugador que no puede permitir que la unión Irán-China lo debilite o termine por estrangularlo.

Frente a todo eso, Occidente aparece como muy centrado en defender su seguridad pero sin querer entender ni reconocer que está frente a un ramillete de problemas nuevos. Seguramente estamos en lo que en la religión hindú se denomina GOD (generación, orden y destrucción). Como ustedes ven, esta definición quiere decir *god*, Dios en inglés, y los hindúes creen que la generación procede de Brahma, el creador del universo y su generación se llama el *manvántara*, que es el ciclo en el cual la vida se ordena. Los hechos geoestratégicos a los que hoy nos enfrentamos en las colinas de Sidón o en los cerros de Líbano hablan más bien de que estamos llegando al *pralaya*, que significa la destrucción.

Los que están muriendo hoy en Líbano o en Israel no están muriendo por el eterno problema árabe-israelí, sino por la formación de un nuevo mundo. De un caos sin teoría en el que, sin que importen las víctimas, intervienen el petróleo, la guerra religiosa y las necesidades de los nuevos imperios en ese permanente campo de experimentación que es el Oriente Medio. **U**



Beirut, Líbano, 1978